

NECROLOGIA ILUSTRE

Monseñor Luis Antonio de Mena

ARZOBISPO DE PARIOS

I

Era mediodía —el primer lunes del último mes del año— cuando se oyó un toque de campana, en varios templos de la Ciudad Primada, anunciador del duelo. Acababa de morir el Padre Mena, Arzobispo de Parios, en la modesta casa en que hacía poco residía, sita en la calle intitulada con el nombre ilustre del Arzobispo Portes.

La noticia infausta de su fenecimiento se divulgó en breve, no sin profunda emoción de fieles, amigos y vecinos, i el duelo de la Iglesia i de su familia lo fué de la Capital i de todas las Provincias. Un decreto del Ejecutivo lo declaró duelo nacional i la bandera dominicana flotó a media asta en los edificios públicos i en el Baluarte del 27 de Febrero.

El lunes, día de su muerte, a la caída del sol, fue colocado el cadáver vestido con el traje episcopal, en el templo de Regina Angelorum, en función de capilla ardiente. En esa iglesia, hace tiempo al cuidado de las Mercedarias, actuaba el Padre Mena sencillamente, como si fuese Capellán o Párroco de la misma. Allí fue velado el cadáver, en las horas de la noche, por las Mercedarias, por sus familiares i por no escaso número de personas amigas del mitrado. El siguiente día, ocho de diciembre, fiesta de la Purísima, de diez a doce m., se hizo la traslación del féretro en el carro fúnebre i en hombros de algunos amigos del finado, quienes alternaron hasta colocarlo en el túmulo erigido en la nave central de la Basílica. El séquito era numeroso, como raras veces ha acontecido. El clero, con la cruz delante, rodeaba el féretro. Detrás iban algunos familiares. Luego seguían las instituciones oficiales i sociales, representadas por sus miembros en número de tres, o cinco, o siete, o más que se enumeran en seguida: los Secretarios de Estado i el Cuerpo Diplomático, Senadores i Diputados, Jueces de la Suprema Corte de Justicia, de la Corte de Apelación de Santo Domingo i del Tribunal de Tierras; Concejales del Distrito; Profesores de la Universidad, de las Normales i de algunas Escuelas Graduadas; Miembros de la Academia Dominicana de la Historia, de la Academia de la Lengua, del Ateneo Dominicano i de otros centros de cultura. La mayoría de las instituciones religiosas, adcritas a varios templos de la ciudad, estuvo representada por no escaso número de sus miembros.

Una concurrencia de personas del centro i los barrios de la ciudad antigua i de cada uno de los

barrios nuevos, incorporados a la misma ciudad, considerablemente acrecida, aun más numerosa que la constituida por las instituciones oficiales i sociales antes enumeradas, formaba parte i completaba al cortejo fúnebre.

Delante del séquito, i presidido por la Banda de Música del Ejército, iba un regimiento con la bandera a media asta i plegada en señal de duelo. La Banda Militar, al salir el féretro de Regina i mientras se movía el cortejo fúnebre i durante la marcha, ejecutó la plegaria lírica i doliente que se inicia con estas palabras que recuerdan las pronunciadas en la cruz por Jesús el Cristo: "más cerca de ti, Señor!". Reinó un momento de silencio. i luego se oyeron las notas emotivas de la Marcha Fúnebre de Chopín. En el atrio, o en los umbrales de la gran Puerta del Perdón, esperaba el Arzobispo de la Arquidiócesis rodeado de varios sacerdotes i el ataud entró en la Catedral Metropolitana i fué colocado sobre el túmulo iluminado con las simbólicas velas de cera. El gentío llenó las tres naves de la Basílica; i el órgano dejó oír algunas notas prolongadas como lamentos de las almas por la muerte del amado i amado Padre Mena.

Los funerales se iniciaron con una misa pontifical, ofrecida en el Altar Mayor, por el alma que abandonó el cuerpo presente para ascender al reino de los cielos. La misa, oficiada por el Mitrado, fué solemne. Los funerales continuaron con la misma solemnidad en los rezos i los cantos que anteceden al sepelio. Pero tales honores religiosos no le bastaron a Monseñor Pittini, como demostración del duelo de la Iglesia Dominicana por el fenecimiento de uno de sus servidores más ilustres, i agregó a la misa pontifical algunas palabras, elocuentes i sentidas, en honra del compañero fenecido. Esas palabras, inspiradas en las virtudes religiosas i sociales del ejemplar sacerdote que fué el Arzobispo de Parios, rodearon con una aureola la noble vida del Padre Mena i tuvieron un eco de adhesión i de simpatía en la mente i en el corazón de cuantos las oyeron en religioso silencio.

Mientras la Banda Militar ejecutaba la Marcha Fúnebre i las campanas daban el último doble i la batería de la Fuerza disparaba una salva, lenta i sin estridencia, en honor del difunto, el féretro era descendido a la bóveda subterránea en que duermen el último sueño varios sacerdotes dominicanos. El Reverendo sacerdote i canónigo Rafael C. Castellanos, compañero íntimo del Padre Mena, había sido su antecesor en el sepelio de su cadáver en esa bóveda.



Ambos fueron discípulos dilectos, como seminaristas, del Arzobispo Fernando A. de Meriño —cuya es la estatua yacente que sobre el Panteón de mármol lo recuerda como Arzobispo de Santo Domingo i Presidente de la República— i ninguna capilla sepulcral mas cara a su espíritu, sin duda, que la convertida en panteón del mui ilustre dominicano que fué su maestro.

Cuando terminó el sepelio i la lápida cubrió la bóveda, numerosas i bellas coronas de flores naturales la colmaron como si fuese un zocalo florido sobre el cual surgiría una imagen simbólica del Mitrado fenecido. Era mediodía.

I I

El duelo nacional, oficialmente declarado por Ejecutivo, lo fué también de la sociedad dominicana i de la Iglesia Católica en la Arquidiócesis de Sto. Domingo. En todos los templos, parroquiales o no, hubo misas dedicadas al ilustrísimo Arzobispo de Paríes con asistencia de no escaso número de fieles en cada uno de ellos.

En Puerto Plata —la ciudad porteña de Isabel de Torres en donde sus padres encendieron su hogar i un hermano i tres de sus hermanas el suyo— los funerales fueron solemnes. Celebráronse en la mañana del lunes, 21 de diciembre, por invitación conjunta del Cura Vicario i su coadjutor i del honorable Concejo edilicio. Monseñor Eliseo Pérez Sánchez, Cura Párroco de la Iglesia Mayor de Santiago i Vicario de la Provincia, ocupó en ese acto piadoso la cátedra sagrada i, con frases emotivas, exaltó las virtudes del sacerdote i patriota fenecido. El Porvenir, decano de los periódicos dominicanos, hizo en una de sus ediciones inmediatas, mención honorífica de aquel acto cívico i religioso celebrado como una ofrenda de la ciudad porteña a uno de sus hijos ilustres.

I I I

Conocí a Luis Antonio de Mena, hijo de uno de mis compañeros en el Seminario i en el altar i el coro de la catedral, cuando aun era adolescente i ya servía a la iglesia como monaguillo i era seminarista. Su vocación no vaciló i su carrera la hizo gradualmente hasta recibir su consagración como sacerdote. Tenía veintitrés años, en 1896, i —como eran los días destinados a la celebración de la virgen de las Mercedes, Patrona de la República— escogió el 26 de septiembre i en tal día ofició su primera misa en la iglesia del ex-Convento de los Mercedarios.

Su vocación religiosa culminó en breve en el ejercicio de su alto i noble ministerio. Su vida fué un dechado de virtudes cristianas, cívicas i sociales. Su vida sencilla discurría a la sombra de su humildad i de su modestia. De ello dió pruebas, como Teniente Cura de la Parroquia de San Cristóbal, i, en un lapso de siete años, se granjeó el respeto i el afecto de los fieles en todas las secciones sancristobalenses. En ese ejer-

cicio hallábase, cuando una arbitraria e injusta orden ejecutiva lo expulsó del país, conjuntamente con su compañero i amigo el Presbítero Rafael C. Castellanos. Este había sido Diputado al Congreso i no era político personalista. Ni uno ni otra cosa había sido o era el Padre Mena. Tal violencia los lanzó al ostracismo. Cuba los recibió como merecían: eran dominicanos i amigos de Cuba libre. Ambos sirvieron allí en parroquias de la Provincia de Oriente; permaneciendo el Padre Mena, en la segunda que se le atribuyó, un período de ocho o nueve años a satisfacción de los parroquianos i especialmente del prelado que le había confiado la Parroquia. Al regresar al solar nativo dejaba una estela de su paso honesto por el país i de su fervor cristiano como sacerdote. Años después oía yo en Santiago, en Bayamo i en otras ciudades de la Provincia, cálidos elogios del Padre Valencia, del Padre Meriño, del Padre Billini, del Padre Castellanos i del Padre Mena. Era dominicanos. I, además, habían sido i eran sacerdotes dignos de tan noble i alto ministerio.

En Santo Domingo, en donde había resido algunos años antes i después de su ordenación sacerdotal, volvió a fijar su residencia i en ella por último, como hijo amantísimo, habitó una modesta casa acompañado por su honorable i piadosa madre. En ese hogar, asilo de la madre viuda i del hijo huérfano, volví a verlo de cerca i amenudo como si nuestra amistad se hubiese acrecido con la ausencia. Así llegamos a la intimidad, sin olvidar el origen lejano de las relaciones amistosas que nos unían.

Había vuelto a la patria en un ambiente de prestigio como sacerdote austero, benéfico i piadoso. En ocho años —desde 1915 hasta 1923— hizo la carrera de honores i premios con que fué galardonado. En ese lapso, sucesivamente, fué Secretario de la Arquidiócesis i Director del Boletín Eclesiástico, órgano de la Curia; recibió la investidura de Canónigo Honorario; i asumió la dignidad i el cargo efectivo de Vicario General i Gobernador Eclesiástico. Con ese carácter fué autorizado por Monseñor Nouel, como Visitador Diocesano, para confirmar en varias Parroquias del Cibao. Contaba con el afecto i la confianza plena del Mitrado. Monseñor Nouel, seriamente enfermo, hizo con el Padre Mena lo que Meriño con él: solicitar de la Santa Sede la investidura episcopal, como coadjutor del Arzobispo de Santo Domingo. Benedicto XV —que en 1920 lo había nombrado Camarero Secreto Supernumerario— accedió a la solicitud i el 11 de diciembre de 1922, en Consistorio secreto reunido en el Vaticano, fué preconizado Arzobispo titular de Paríes i coadjutor del Arzobispo de Santo Domingo. La consagración de Monseñor Mena tuvo lugar, la víspera del día de las Mercedes, o sea el 23 de septiembre 1923, en la Basilica Menor i Catedral Metropolitana en un acto solemne con asistencia de los altos funcionarios del gobierno, del cuerpo diplomático i dos Mitrados de sendas diócesis de Haití.



El proceso honorífico en referencia coincidió con el período de la ocupación militar que privó a la República de su libertad, de su independencia i de su soberanía. Los honores recibidos no fueron óbice, sin embargo, a la actitud patriótica i a la acción cívica del Padre Mena. El estuvo, permanentemente, en la línea de conducta trazada por el gobierno legítimo, desalojado por la ocupación intrusa, i que fué la línea recta seguida por el Nacionalismo. Con tal credencial aumentó su prestigio de dominicano i de patriota el Ilustre Sacerdote elevado a Ilustrísimo Arzobispo de Parí. El era el sucesor, o designado, para ocupar la sede vacante en el lamentable caso de deceso o de renuncia de Monseñor Adolfo Alejandro Nuel i Bobadilla, Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis de Santo Domingo.

Empero no lo fué. El coadjutor renunció antes que el Arzobispo, i solo conservó la prelación titular de Arzobispo ad-honorem. Monseñor Nouel, cada vez peor en la enfermedad que minaba su organismo físico, puso su renuncia en manos del Delegado de la Santa Sede. Dos distinguidos canónigos i vicarios provinciales —el Presbítero Armando Lamarche i el Presbítero Rafael C. Castellanos— fueron sucesivamente, el segundo por muerte del primero, Vicario i Gobernador Eclesiástico de 1931 a 1936; i Castellanos murió también en ejercicio del gobierno interino de la sede vacante. El Padre Mena, al renunciar la coadjutoría i su designación para suceder al Arzobispo Arquidiocesano, se halló de nuevo en su modesto hogar i se complacía en el simple ejercicio del sacerdocio. La gente ilustrada i la religiosa, en su mayoría, que habían deplorado la una i la otra renuncia, deseaban que el arzobispo titular ocupase la sede vacante como arzobispo de la Iglesia Dominicana. En ese sentido hubo diversas manifestaciones hechas a Monseñor José Pietta, Delegado o interinuncio de Su Santidad el Papa Pío XI. Todo fué inútil. La última palabra al respecto la dijo el Ilustrísimo Interinuncio con esta frase desconsoladora: "Monseñor Mena insiste en su negativa por humildad i modestia".

IV

En su retiro voluntario, acompañado siempre por su madre amantísima, ya octogenaria, no estaba solo. Algunos fieles amigos solían visitarlo, especialmente cuando se iniciaron las que-

bras de su salud que iban en aumento. Sus dueños familiares se extremaron con el fallecimiento de su honorable i virtuosa madre. Nuestras relaciones amistosas se intensificaron a partir de la serie de duelos de mi familia. Durante quince años ofició en Regina las misas en memoria de mis deudos fenecidos. Desde mi última enfermedad gravísima, en abril i mayo de 1936, la salud en quiebra i la edad monageneria influyeron en la disminución de nuestras visitas i nuestros diálogos. "Como una compensación —me decía en una de mis visitas— le he oído desde aquí sus últimos discursos pronunciados por usted en tres actos académicos".

Con intervalos de una o dos o tres meses disminuyeron nuestras visitas en los dos últimos años. Pero estábamos al habla, en señaladas ocasiones, por medio de breves cartas o de tarjetas siempre cordiales. Las demoradas visitas, aunque menos largas, fueron siempre amenas i gratas. Hubo una en que el tema elucidado fué para ambos emotivo. Se trataba de las virtudes que florecieron en algunos sacerdotes dominicanos. Yo hice mención honorífica de seis que conocí en mi infancia, en mi juventud i en mi edad provec-ta. El había conocido solamente a dos de ellos; pero tenía informaciones favorables de cada uno de los seis nombrados por mí. Yo concluí el diálogo con estas palabras afirmativas: "Mi opinión es que todos fueron, respectivamente, un modelo de virtudes cívicas i religiosas. Creo que todos vivieron i murieron en olor de santidad".

El Padre Mena, con una dulce sonrisa i una mirada no meros dulce, me dijo entonces: "Don Fed.: escriba esos perfiles biográficos, tal como Ud. acaba de ofrecérmelos, i hágalos conocer de los lectores de Clio". Yo guardé silencio, por unos minutos, porque me pareció que él en silencio oraba por los fenecidos sacerdotes ejemplares. I, cuando reanudé el diálogo, fué para incluirlo, sin nombrarlo, en el número de aquellos virtuosos sacerdotes dominicanos.

Hoy lo confirmo, como mi ofrenda póstuma a sus virtudes, con estas sinceras palabras de amor i justicia: "el Padre Luis Antonio de Mena, Arzobispo de Parí, también vivió i ha muerto en olor de santidad!"

Fed. Henríquez i Carvajal.

Diciembre de 1942.

